

La voz atraviesa el sueño, oscila en la superficie. La mujer acaricia las cartas vueltas sobre la mesa, repite varias veces, con ese tono de certeza: «El 20 de mayo, su vida va a cambiar».

Mathilde no sabe si está todavía dentro del sueño o ya en la jornada que empieza, echa un vistazo a la hora de la radio despertador: son las cuatro de la mañana.

Lo ha soñado. Ha soñado con esa mujer que visitó hace algunas semanas, una vidente, sí, eso es, sin chal ni bola de cristal, pero una vidente a pesar de todo. Cruzó todo París en metro, se sentó detrás del espeso cortinaje, en los bajos de un edificio del distrito dieciséis, le dio ciento cincuenta euros para que le leyese la mano e interpretase las cifras relacionadas con su vida, fue porque no tenía

nada más, ni un rayo de luz hacia el que dirigirse, ni un verbo que conjugar, ni la perspectiva de un después. Fue porque a algo hay que agarrarse.

Se marchó con el bolsito balanceándose al final de su brazo y esa predicción ridícula, como si estuviera inscrita en las líneas de la palma de su mano, su hora de nacimiento o en las ocho letras de su nombre, como si pudiera notarse a simple vista: un hombre el 20 de mayo. Un hombre, cuando su vida está cambiando, que la liberaría. Así que se puede tener una licenciatura en econometría y estadística aplicada y consultar a una vidente. Unos días más tarde le pareció que había tirado ciento cincuenta euros por la ventana, y nada más, eso es lo que pensó mientras marcaba con un trazo rojo los gastos del mes sobre el extracto de su cuenta corriente, y se dijo a sí misma que le importaba un bledo ese 20 de mayo, y los otros días también, al ritmo que iba.

El 20 de mayo quedó como una vaga promesa, suspendida encima del vacío.

Es hoy.

Hoy, algo podría pasar. Algo importante. Un acontecimiento que cambiaría el curso de su vida, un punto de inflexión, una cesura, inscrita desde hace varias semanas con tinta negra en su agenda. Un acontecimiento mayúsculo, esperado como un salvamento en alta mar.

Hoy, el 20 de mayo, porque ya ha llegado al límite, al límite de lo soportable, al final de lo humanamente soportable. Está escrito en el orden del mundo. En el cielo líquido, en la conjunción de los planetas, en la vibración de los números. Está escrito que hoy ha llegado exactamente allí, al punto de no retorno, allí donde ya nada normal puede modificar el curso de las horas, allí donde nada puede pasar que amenace el conjunto, que lo cuestiona todo. Tiene que pasar algo. Algo excepcional. Para salir de allí. Para que se detenga.

En unas semanas, se imaginó de todo. Lo posible y lo imposible. Lo mejor y lo peor. Que sería víctima de un atentado, en medio del largo pasillo que une el metro con el tren de cercanías explotaría una bomba potente que arrasaría todo, pulverizaría su cuerpo, quedaría esparcido en el aire saturado de las mañanas en la hora punta, por las cuatro esquinas de la estación, y más tarde encontrarían trozos de su vestido de flores y de su abono de transporte. O bien se rompería el tobillo, resbalaría de forma estúpida sobre una superficie grasa como las que a veces hay que evitar, brillante sobre las baldosas claras, o bien tropezaría en lo alto de la escalera mecánica y se caería dislocándose la pierna, habría que llamar a los bomberos, operarla, ponerle placas y tornillos, inmovilizarla durante meses, o bien sería secuestrada por error, en pleno día, por un grupús-

culo desconocido. O bien conocería a un hombre, en el vagón o en el café de la estación, un hombre que le diría: «Señora, no puede usted continuar así, deme la mano, cójase de mi brazo, dé media vuelta, deje su bolso, no se quede de pie, siéntese en esa mesa, se acabó, ya no iré más, ya no es posible, va usted a luchar, vamos a luchar, yo estaré a su lado». Un hombre o una mujer, al fin y al cabo importa poco. Alguien que comprendiera que ella ya no puede ir, que cada día que pasa pierde su sustancia, pierde lo esencial. Alguien que le acariciase la mejilla, o el pelo, que murmurase como para sí mismo: «Cómo ha hecho usted para aguantar tanto tiempo, con qué valor, qué recursos». Alguien que se opusiera. Que levantara la voz. Que se encargara de ella. Alguien que la obligara a bajarse en la estación anterior o se sentara frente a ella en el fondo de un bar. Que mirara pasar las horas en el reloj colgado de la pared. A mediodía, él o ella sonreiría y le diría: «Ya está, se acabó».

Es de noche, la noche anterior a ese esperado día a su pesar, son las cuatro de la mañana. Mathilde sabe que no volverá a dormirse, se sabe el guión de memoria, las posturas que va a adoptar una tras otra, la respiración que intentará relajar, la almohada que se encajará bajo la nuca. Y después acabará encendiendo la luz, cogerá un libro en el que no

conseguirá interesarse y mirará los dibujos de sus hijos colgados en las paredes, para no pensar, para no anticipar la jornada.

No verse bajar del tren.

No verse decir hola con ganas de gritar.

No verse entrar en el ascensor.

No verse avanzar a pasos sordos por la moqueta gris.

No verse sentada detrás de esa mesa de despacho.

Estira sus miembros uno por uno, tiene calor, el sueño está todavía allí, la mujer le sostiene la palma de la mano vuelta hacia el cielo, repite por última vez: «El 20 de mayo».

Hace tiempo que Mathilde ha perdido el sueño. Casi cada noche la despierta la angustia, a la misma hora, sabe en qué orden va a tener que contener las imágenes, las dudas, las preguntas, se sabe de memoria el recorrido del insomnio, sabe que va a darle vueltas a todo desde el principio, cómo empezó, cómo se agravó, cómo llegó a ese punto, y esa imposible vuelta atrás. Su corazón late más deprisa, la máquina está en marcha, la máquina que lo tritura todo, entonces todo aparece, las compras que debe hacer, las citas a las que debe acudir, los amigos que debe llamar, las facturas que no debe olvi-

dar, la casa que debe buscar para el verano, todas esas cosas antaño tan fáciles y que ahora se vuelven tan arduas.

En la suavidad de las sábanas llega siempre a la misma conclusión: no lo va a conseguir.